

COL. ZOILITA DE MACHO

*A Felix del Valle en re-
cuerdo de esta mañana inolvidable
en que hemos recordado a mi hermano
dándole a Dios que lo que hemos hablado
de que a ser una realidad Roquia. Madrid
11-4-1981.*

Victorio Macho a los 28 años de edad (cuando se estableció en Toledo tenía 64).

MIS ENCUENTROS FORTUITOS CON VICTORIO MACHO

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ
Numerario. Exdirector

Voy a comenzar esta disertación con el primer párrafo de mi discurso en el homenaje que esta Real Academia dedicó a Victorio Macho en 1984, promovido por una moción de quien les habla.

«Estaba en deuda España con él. El mundo entero estaba endeudado con Victorio Macho, pues su creación fue engrosando el patrimonio artístico mundial según iba saliendo de sus manos. Estaba en deuda esta casa. Y es hora ya de reconocimientos.

Alguien ha dicho que nadie está obligado a agradecer el amor, mas yo quiero recordar que «amor con amor se paga». Y Victorio, enamorado de Toledo a sus dieciséis años, bien merece el recíproco pago de su amada».

PRIMER ENCUENTRO

Desde el ventanal de mi estudio vi llegar un coche grande, de aquellos que llamaban «*haygas*»; nombre que se debía a que los usaban los nuevos ricos surgidos al abrigo del estraperlo durante la posguerra, que llegaban al concesionario de coches diciendo: «Quiero el mejor que *hayga*». Pero aquel señor que salió del coche no era un nuevo rico. Vestía traje gris oscuro, camisa blanca y una corbata de lazo, o mejor dicho de dos cintas cortas que colgaban del cuello de su camisa. Sus cabellos largos que casi cubrían su orejas, mirada seria y elegantes ojeras sobre sus mejillas me

dieron la impresión de que se trataba de un profundo pensador. Le acompañaba una dama más joven que él y ambos entraron en la «Casa del Maestro», lo que hoy llamaríamos «hotel con encanto», instalado en una casona toledana que lindaba con la de mis padres en la plaza de Santa Leocadia. Allí permaneció durante el tiempo que tardaron en hacerle su casa de Roca Tarpeya. Aquella noche, en la Escuela de Artes, oí decir al profesor Jimena que un condiscípulo suyo y de don Enrique Vera, llamado Victorio Macho, había vuelto a Toledo. Enseguida comprendí que el caballero de las ojeras era el famoso escultor.



Una mañana, al filo del mediodía, salí a mi balcón a respirar aire puro después de haber estado preparando mi improvisado horno para fundir unos esmaltes. Al apoyar mis manos sobre la barandilla miré a la derecha y descubrí otras manos sobre al balcón vecino. Y vi al caballero de las elegantes ojeras en la misma posición que la mía. Me dio un vuelco el corazón; a mi lado tenía al gran escultor Victorio Macho. Tímidamente volví los ojos hacia él sin atreverme a hablarle. Él me miró, y al ver mi blusa blanca con manchas de trabajo, se figuró quien era y me dijo: «Hoy no cantan los martillos, maestro». Yo quedé petrificado, no me salían las palabras. El más grande maestro del mundo me había llamado maestro... La timidez de mis escasos veinte años hizo retardar mi respuesta. Tardé unos segundos en reaccionar. Al fin, con voz insegura le contesté: «Es que hoy he estado esmaltando». Él, al verme azarado, quiso esbozar una sonrisa difícil en su rostro serio, y me dijo: «Quiero ver lo que hace usted, enséñemelo cuando termine». Y se perdió tras las cristaleras de su balcón mientras yo le hacía una inclinación de cabeza que él no llegó a ver.

Los esmaltes que fundí aquel día eran complemento de un tarjetero en forma de frutero, repujado y damasquinado (página izquierda). Cuando lo hube terminado pregunté por teléfono a doña Pepita, dueña de la hospedería, y me dijo que don Victorio estaba sentado en el patio a la espera de la hora de comer. Me atreví, envolví mi obra en un paño blanco y la llevé a cumplir el deseo del maestro de verla terminada.

Una breve conversación alentadora, unas palmaditas en el hombro, y enseguida la llamada al comedor.

SEGUNDO ENCUENTRO

Yo le había visto llegar a Toledo aquel día en 1952. Pero no era la primera vez que Victorio Macho pisara la vieja Ciudad Imperial. Había estado ya de joven, siendo estudiante de Bellas Artes en Madrid, y había venido también con su primera esposa en 1926, alojándose en el Palacio de la Cava, que había construido o

reconstruido el duque de Maqueda, y que ya era propiedad del famoso maestro de ceramistas, Sebastián Aguado.

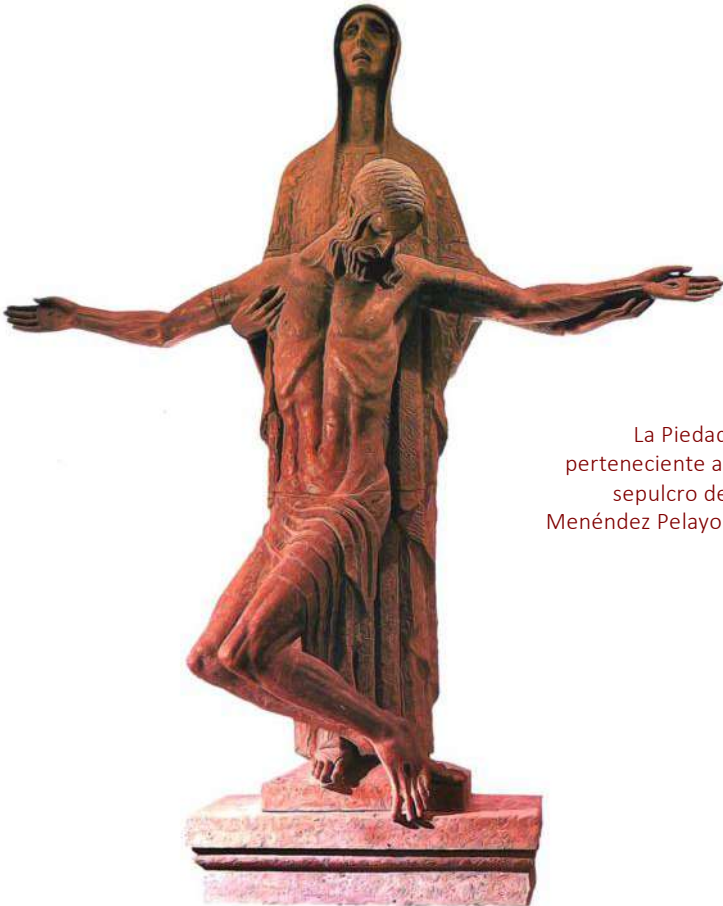
En los valles más profundos de los sentimientos de un artista siempre hay como una sombra silenciosa que le repite deseos añejos. Victorio Macho tenía bien clavado el deseo de venir a Toledo desde que se enamoró de la ciudad siendo joven. Siempre he pensado que ha habido como una especie de duendes que han influido en los lugares que Victorio Macho habitaba en Toledo y los lugares en que yo iba viviendo. Cuando en 1951 compró una casa vieja sobre la Roca Tarpeya -accedió al precio pedido por la dueña, aquella «toledanita que como regateadora no tenía precio», según él decía, y le pagó las 250.000 pesetas, que era un precio importante para Toledo en aquella época- se iba a propiciar nuestro segundo encuentro, no faltó de misterios. Recordemos que cuando vino con su primera esposa, en 1921, se alojó en el palacio que había construido el duque de Maqueda. Pues bien, la casa que yo adquirí muy cerca de la Roca Tarpeya había sido también en su tiempo construida por el duque de Maqueda. Su escudo me apareció entre las ruinas, que yo coloque en mi reconstrucción en la fachada principal. Dato verificado por mi querido compañero heraldista Ventura Leblic.

Volvíamos a ser vecinos. Antes de la reconstrucción de mi casa la utilicé como taller más amplio que el que había tenido en la plaza de Santa Leocadia. Allí diseñé y realicé una jarra damasquinada cuyas asas serían unos angelotes en bronce. Modelé en plastilina uno de los ángeles y se lo di para fundir en su pequeño taller a mi amigo Máximo Revenga, quien como especialista en vaciados y fundición era entonces ayudante del escultor Victorio Macho. Yo pensaba que la pequeña fundición la iba a hacer Revenga en su taller, pero sin yo saberlo se la enseñó al maestro escultor. Mi amigo me hizo saber que el maestro quería ver la obra terminada. Y se produjo nuestro segundo encuentro.

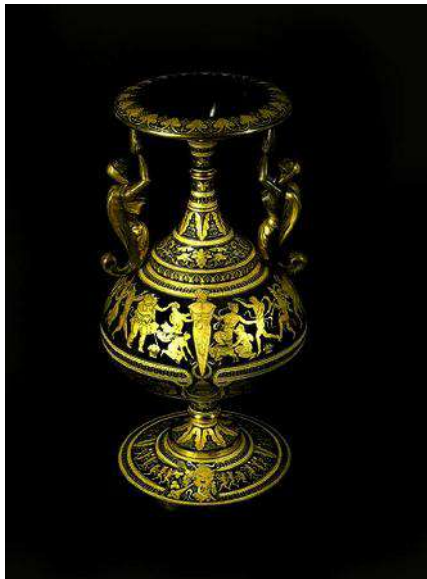
Aún no tenía hecho su «Tallerón». Trabajaba en su amplio garaje. Esta vez era él quien vestía una blusa blanca manchada por

el trabajo. Estaba modelando en barro la grandiosa escultura que, luego en bronce, formaría parte del sepulcro de Menéndez Pelayo.

Enseguida pensé que el momento elegido por mi amigo Revenga no era el más propicio, pues molestaríamos al escultor. Pero el maestro hizo una señal con la mano pidiendo unos minutos. Mientras bajaba de su andamio, yo me extasiaba mirando su obra; y las piezas y bocetos que allí había. Fue una delicia para mis sentidos la contemplación de tanta obra de arte.



La Piedad
perteneciente al
sepulcro de
Menéndez Pelayo.



«Maestro, soy su antiguo vecino de la “Casa del Maestro”, perdone mi intromisión. Vengo a cumplir con el encargo de mostrarle mi obra con los ángeles».

Como me vio nervioso, me dijo: «Tranquilícese, amigo». Se lavó y secó las manos, y cogió con ellas mi obra acariciándola.

Mientras él daba vueltas a la jarra y la contemplaba, yo saboreaba su última palabra: «amigo», me había llamado amigo; y aunque yo su-

piera que aquello formara parte de una normal conversación cordial, me sentí galardonado con aquella «calificación».

Una corta conversación de alabanzas y algún comentario con alguna frase suya que ya me pareció clásica en él, en la que mencionó lo que él llamaba los martillos cantarines: «Ya no cantan los martillos», volvió a decirme. Respondí: «Cerramos las ventanas de atrás, para no molestarle; los ruidos se van hacia la fábrica de harinas». Al cabo de un corto rato me despedí, pues no quería entorpecerle. Fue la última vez que le vi con vida.

Lo que yo había contemplado allí mientras nuestro encuentro era un espléndido realismo idealizado.

Quiero aclarar que no pretendo en esta corta disertación hacer un estudio de la obra de Victorio Macho. Ello merece un espacio más amplio y sosegado. En esta narración de mis encuentros con el artista será inevitable una breve mención de su estilo, puesto que les mostraré algunas de sus obras. Expresaré solamente las sensaciones que se iban agolpando en mí a medida que fui conociendo su trabajo. El estudio serio de su obra es algo

que tengo pendiente y aparcado en lo más recóndito de mi mente y de mis sentimientos a la espera de poder abordarlo con calma, pues habré de tener en cuenta para comprender su evolución de cada momento sus circunstancias y sus vivencias personales, que son las que forman al hombre y las que forman al artista.

El realismo escultórico, que había empezado a romperse por Boccioni, Gargallo, Julio González, Alberto Sánchez y otros, no arredró el carácter de Victorio Macho, aquel joven a quien ya en la Escuela de Bellas Artes llamaban «el Indómito» y que gritó ante un suspenso: «No comprendo el Arte reducido a formas escolásticas». Debemos suponer que en aquel examen Victorio había idealizado lo tradicional, no supeditándose al clasicismo pero sin romper el realismo. Admite en esta frase el joven Victorio, en mi opinión, que la tradición aristotélica-escolástica podía ser tamizada por procesos mentales a través de los cuales lo que llamó «formas escolásticas» podían variarse idealizándolas por la razón. De ahí su inconformidad con el suspenso. Y ésta es para mí la base de toda su obra posterior.

Victorio Macho tenía su propia idea sobre su propio arte, e iba a caminar por un «Ideal figurativo» que rompía el clasicismo. En este su caminar él iba a deambular haciendo camino por un nuevo estilo, el suyo, él iba a trabajar en lo que yo llamaría «victoriomachodismo». Perdonen este inventado vocablo que sólo tiene la intención de denominar una manera de hacer del artista palentino-toledano (creo que si hubiera dicho «Victoriomachismo» o «Victoriomachista» habría sonado peor).

Su estilo llegó a rozar en algunas obras, según yo quiero entender, «el cubismo vertical o paralelo». Puesto que el Cubismo se basó en la geometría, vemos en *El Cristo de Otero*, en el que Macho quiso representar a un Jesús de 21 metros durante el Sermón de la Montaña, una verticalidad geométrica en el peinado y en los pliegues que volveremos a ver en su *Monumento a Bolívar*, en Caracas. También en su *Monumento a Jacinto Benavente* en el parque





Cristo del Otero (Palencia) y diversos momentos de ejecución de la cabeza.

del Retiro, como ya hemos visto en el peinado y los pliegues del monumento a Bolívar.

Y algunas otras obras más, como el *Monumento a Sebastián Elcano*, que tanto recuerda a *La Victoria de Samotracia*. Pero Victorio, en sus deseos de salir del clasicismo, no se queda sólo en este acercarse al Cubismo. Entre lo que antes hemos llamado «Ideal figurativo» se encuentra la hermosura de su obra libremente idealizada.

Sobre el estilo clásico del, entre otros, bienaventurado Mariano Benlliure, de cuya obra nos enorgullecemos los poseedores de alguna de ellas, comenzaron a surgir, vadeando su aroma costumbrista, unos nuevos deseos de idealizar las formas escultóricas que podrían considerarse decimonónicas, sin que en esta clasificación haya ninguna connotación peyorativa.



JACINTO BELLINI
1866

Monumento a Jacinto Benavente.
Parque de El Retiro (Madrid).



Monumento a
Elcano en Guetaria
(Guipúzcoa).





Boceto escultórico
del Monumento a
Bolívar.

Y aquí es donde el inconformista Victorio Macho, aquél que en sus estudios de Bellas Artes en Madrid consideraba que había que romper con las formas escolásticas, hace surgir su escultura poniendo un cuasi religioso respeto a las formas que idealiza, para diferenciarlas del clasicismo serenamente inmovilista que los escultores habían venido realizando. Idealiza la realidad. Por ello, el mejor epíteto que puede darse a su estilo es el de realismo idealizado.

Ya hemos visto su obra con tintes «cubistas verticales o paralelos». Echemos una brevísima mirada a su obra del realismo idealizado al que nos referimos.

Victorio Macho, era un gran conocedor de la anatomía humana, que llegado el momento idealizaba o geometrizarla. Así lo vemos en las escaleras para el *Monumento a Grau*, en Lima.

Escultura basada en la realidad, pero sublimemente idealizada. Y entre estas sus esculturas, veamos sus «Dibujos de la raza». Raza de la que ha impregnado también a la más expresiva de su escultura en su estilo, a la vez que sutil, recio como la piedra de la que lo hizo nacer.

Vigoroso a la vez que idealizado sentido del realismo del que no están exentas tampoco sus dos obras más sensitivas candorosamente entrañables, como son las estatuas de su hermano y de su madre, aunque en ellas haya querido poner todo el naturalismo que su corazón le pedía.

TERCER ENCUENTRO

Al filo del mediodía del 13 de julio de 1966 llegó mi amigo Revenga con un extraño envoltorio en tela. Se presentó en mi taller con rostro serio que me pareció triste. No me hablaba. Pero como él era hombre de pocas palabras, no di importancia a su silencio y esperé a que desenvolviera el extraño paquete del que intuía me iría a hablar. Lo empezó a desenvolver con manos temblorosas, como poniendo en ello una cuasi devota caricia. Y mostrándome su contenido, me dijo: «Félix, la mano del maestro; acaba de morir». Ahora me pesa que yo, largo en amistad pero corto en palabras, no agradeciera suficientemente en vida a mi amigo Revenga el honor que me hizo siendo el primero al que mostrara aquella mano que tanto arte había creado. Me mostró el vaciado en escayola de la mano derecha de Victorio Macho. Aún estaba caliente el yeso calcinado, y al vaciar había extraído fortuitamente algunos pelitos de las falanges de sus dedos. Toqué aquella mano y un escalofrío corrió mi cuerpo mientras una lágrima se deslizaba por mi mejilla.